IV.

EDUCACIÓN FÍSICA.

Este capítulo está lleno de justas censuras contra el modo antihigiénico de criar á los niños, y con gran provecho se atenderán los razonamientos y se practicarán las reglas que hay en él. Sólo en un punto el autor, de acuerdo con sus anteriores afirmaciones, no nos parece que lo está con la experiencia, y es: la confianza excesiva que tiene, aun en los casos de enfermedad, en los apetitos, en los instintos. Cierto que deben tenerse siempre en cuenta y seguirse; pero hasta cierto punto no más, mirando por dónde van, y no dejándose conducir con los ojos cerrados, como si ellos no pudieran errar nunca el camino: aquí vemos también la reacción: del instinto *abominable* se ha pasado al instinto *infalible*. La verdad está en medio de estos extremos: el instinto es un buen guía en circunstancias normales y en sujetos perfectamente equilibrados; pero en cuanto falta la armonía, la completa normalidad tanto en lo físico como en lo espiritual, el instinto, no sólo puede extraviar, sino que extravía con frecuencia; y siendo su perversión unas veces síntoma,

las más causas del mal, no se le puede pedir remedio ni tomarle por guía incondicionalmente.

Aquí terminaríamos estas observaciones si no creyéramos que deben completarse con otra relativa, no á lo que el autor dice, sino á lo que no ha dicho. Spencer habla de religión, pero incidentalmente, y sólo para manifestar que la ciencia, lejos de ser impía, es religiosa; sobre esto escribe bellamente y cita hermosas frases. Pero en un tratado de Educación física, intelectual y moral nos parece que se necesitaba algo más que afirmar esta armonía, y que era necesario dar al educador consejos y reglas en lo que á la religión se refiere. Tal vez se alegue que un autor tiene el derecho de dar á su obra la extensión que le parezca, excluyendo lo que no considere indispensable, y que sólo puede exigírsele que trate bien el asunto dentro de los límites que él trace; que si así sucede en general, en este caso particular puede añadirse que Spencer no es teólogo, ni sabe de dogmas, ni de verdades reveladas, ni entiende de otras que aquellas que su razón alcanza, ni se le ha de hacer un cargo porque no enseña lo que ignora.

Alguno tendrá quizá este razonamiento por

bueno; nosotros no. Los asuntos no son como esos animales de estructura tan sencilla y homogénea que tienen todos los elementos de su vida en cualquier parte de su cuerpo, y partiéndolos se multiplican lejos de destrozarse; los asuntos tienen sus límites propios, que no es dado reducir mucho sin inutilizarlos: son organismos intelectuales; y como un zoólogo no puede dar á conocer una especie prescindiendo de alguna cosa esencial que la caracteriza, tampoco un filósofo, tratando de la educación del hombre, debe hacer caso omiso de un elemento humano tan esencial como la religión. La religión ¿se califica de insensatez? Aun concediéndolo, siempre resultará que para los insensatos que la tienen se escribe; y prescindir de ella, aun en el concepto de que sea un absurdo, es hacer como el sastre que cortara ropa para jorobados prescindiendo de la joroba: las prendas tendrían muy buen corte, pero no podrían usarse; y si alegara que debían sentar bien á todo hombre bien conformado, y que, por lo tanto, eran de recibo, se le podrían rechazar, manifestándole que se trataba de vestir hombres contrahechos.

Pero ni aun es éste el caso. Spencer no es un impío de pacotilla que califica la religión de

farsa inventada por los curas, sin otra razón de ser que la necedad de los fieles y el interés del clero y del sacerdocio de todos los siglos y países, no. Nuestro autor ha probado en otra obra (1), y establecido tan bien como el que mejor, los fundamentos psicológicos de la religión y las profundas raíces y extensas ramificaciones que tiene en el sentimiento y en la inteligencia humana. Siendo esto así, como él lo sabe y lo ha dicho; si padres, madres, maestros, maestras, niños y niñas han de ser, mejor ó peor, más ó menos religiosos, ¿cómo, al darles reglas para la dirección de la vida, puede prescindirse de un elemento tan esencial de ella? Aunque el autor no tenga religión (lo ignoramos), ¿desconocerá su influencia en la mayor parte de las personas á quienes se dirige? ¿Dejará que sobre este asunto piensen, crean y hagan lo que quieran, por más absurdo y perjudicial que fuere, sin hacer observación ni darles regla ni consejo alguno? Bien está que, no siendo teólogo, se abstenga de discutir dogmas; que no investigue su verdad como historiador, ni como creyente los premios ó castigos que establecen para después de la muerte. Pero

(1) *Los primeros principios.*

como moralista y pensador, ¿puede desconocer la influencia de los dogmas, de los preceptos religiosos, de los ritos, de la organización de las iglesias, en las ideas, los sentimientos, los gustos y las acciones de los hombres? Y si esta influencia será razonable ó absurda, moral ó inmoral, buena ó mala para el niño y para el joven, ¿el educador no debe señalarla? Si no sabe ni cree saber nada de los problemas de *ultratumba*, que calle; si ignora los arcanos de la existencia del hombre y de su destino, que guarde silencio y no prefiera el error á la duda, el absurdo al misterio; todo esto es razonable y honrado; pero cuando se trata de esta vida, de lo que influyen en la moralidad, la dignidad y la dicha del hombre los dogmas y los preceptos, el asunto varía; no es divino, sino humano, y constituye un objeto de estudio como cualquiera otro. Si el moralista no entra en la cuestión de las verdades reveladas, no puede prescindir de las demostradas; y si no discute el origen divino de las reglas, debe poner en evidencia su influencia humana. Bajo este aspecto, la religión es de la competencia de todo pensador y asunto obligado del que educa. Como omisión sería ya una falta; pero se agrava porque la atmósfera moral é intelectual pesa sobre el

espíritu como la física sobre el cuerpo, y tiende á que desaparezca el vacío que, cuando no se llena con la verdad, se ocupa con el error.

Para mitigar los dejos amargos de la crítica, aun la mejor intencionada, con las dulzuras del merecido elogio, vamos á terminar copiando estas hermosas y profundas palabras de Spencer, que ellas solas valen un libro, y más que muchos libros:

«..... Está aún por reconocer, pero es verdad, que la última fase del desarrollo mental en el hombre y la mujer sólo se presenta con el cumplimiento verdadero de los deberes paternales. Y cuando esta verdad sea reconocida, se verá cuán admirable es esa disposición de las cosas que somete al sér humano, por medio de sus afecciones más poderosas, á una disciplina que sin ésta eludiría.

»Al paso que algunos acogerán este concepto de la educación con duda y desaliento, creemos que otros verán en la elevación misma del ideal que encierra la prueba de su verdad. Que no pueda ser realizado por gentes apasionadas, poco amantes, poco previsoras; que exija el concurso de las facultades más altas de la naturaleza humana para su realización, esto les probará, á nuestro parecer, que es susceptible de adap-

arse á los Estados sociales civilizados. Que requiera en la práctica mucho trabajo y abnegación, será prueba de que promete abundante cosecha de felicidad para el presente y el porvenir. Las personas inteligentes, repetimos, verán que mientras el falso sistema de educación es un doble azote para el padre y para el niño, el sistema verdadero es un doble beneficio para el que da la educación y para el que la recibe.»

LA INSTRUCCIÓN DEL OBRERO.